

VI PREGÓN DE LOS ESTUDIANTES

DEDICADO A LA ARCHICOFRADÍA
DE NUESTRO PADRE JESÚS NAZARENO DE LA SANGRE,
SANTO CRISTO VERDE Y
NUESTRA SEÑORA DE LA SANTA VERA CRUZ,
EN LA CIUDAD DE ANTEQUERA A
17 DE MARZO DE 1996.
POR DON FERNANDO DE VILLENA.

Dignísimas autoridades.

Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías de Antequera.

Sr. Hermano Mayor, Junta de Gobierno y hermanos de la Archicofradía, cofrades de Antequera, señoras y señores:

Mal puede mi corto ingenio, mi breve erudición, mi torpe elocuencia no digo ya competir, sino alcanzar algunas migajas del esplendor, la sabiduría, la facundia y la inteligencia de los nobles maestros que me han precedido en esta cátedra. Baste para mi empequeñecimiento la sola cita de dos nombres que la Fama, haciendo sonar su trompa a los aires no sólo andaluces, sino universales, lleva ya de confín a confín. Baste la sola mención de don Antonio Garrido Moraga y don Rafael Chenoll Alfaro para que todos comprendáis la justeza de mis palabras. Y si mi atrevimiento me ha traído esta mañana ante vosotros no ha sido por la osadía de medir mi humilde verbo con los suyos acendradísimos, sino por mostrar brevemente el mucho amor que siempre tuve a la ínclita ciudad de Antequera, a sus gentes sencillas al par que distinguidas y a sus tradiciones vetérrimas, así como por ofrecer a quien oyere un apasionado testimonio de lo mucho que significó siempre para este indigno pregonero el misterio sublime de la muerte y resurrección de Cristo y su remembranza cada año en la Semana Mayor. Así lo canté en verso en cierta ocasión:

Para el paso de un Cristo vacilante y dolido,
con brisas de azahares la tarde se dilata...
Bajo un mar de cabezas la emoción desata
y, unánime, se aprecia por la calle un latido.

Ya se viene la noche salpicada de plata
-los aromas de cera, de tambores el ruido-,
ya se acerca la Virgen con su manto bruñido
-callan mozos y viejos, el fervor se aquilata-.

Una historia de siglos, un tangible misterio
que ocurrió en la Judea siendo César Tiberio,
a los ojos del pueblo se revive al presente;

cada cual en su adentro lo medita y lo siente:
Dios que muere y renace por nosotros, Eterno,
como el campo despierta tras el sueño de invierno.

Dije antes de mi amor a Antequera. ¡Antequera! Gema valiosísima custodiada por montes alcídeos: ora los caprichos pétreos del Torcal, ora la prodigiosa esfinge de la Peña de los Enamorados.

¡Antequera! Nave encantada tal la del conde Arnaldos, mecida sobre el oleaje esmeralda de su rica vega; un oleaje cuya espuma son los ampulosos cortijos alegres de frutos y lebreles. Antequera, nieve, bronce y oro de muchos quilates: nieve de sus limpias casas que un racimo semejan de jazmines, bronce de sus cien campanas y de los muros venerables de su castillo a la caída de la tarde, oro de las fachadas joviales de sus iglesias al despuntar la mañana. Antequera, airosa en sus veletas y espadañas, cónclave de conventos cuyos tejados parecen tener ventanas de cal para que penetren los ángeles y asciendan las almas a su albedrío. Antequera, caudal magno y palpitante de historia que se distingue como un lábaro argénteo entre las restantes ciudades de España.

Aquí hace cinco milenios admiraban ya la bondad del cielo haciendo un alto en su labor los hombres que pulieron los dólmenes de Menga, Viera y el Romeral. Aquí, en Antikaria, buscaría plácido retiro leyendo los versos de Quinto Horacio Flaco algún senador de Roma hastiado de las insidias de la cosa pública y del trajín de la ciudad imperial. Los almuecines aquí despertarían a los creyentes convocándolos a la oración desde las agujas de los minaretes. En esta tierra de tan alta estirpe discutirían de versos y acaso también de la belleza de las mujeres de las ciudad los estudiantes de la cátedra de gramática con Pedro de Espinosa al frente. Aquí se juzgarían con horror las huecas novedades de los ilustrados en el siglo XVIII y de los partidarios de Francia durante la guerra de la Independencia. Aquí, en Antequera, hoy hombres y mujeres de toda laya y condición por cuyas venas fluye la sangre de quienes les precedieron, van y vienen colmando de amable trajín las calles, los comercios, las iglesias, las plazas, las oficinas, los bares, los institutos y colegios.

Antequera, escriño admirable de todas las artes, cuna del hermosísimo efebo y posiblemente de su anónimo artífice; escuela magna de alarifes y canteros, de notables tallistas y maestros de humanidades como Juan de Vílchez, Francisco de Medina o Francisco de Cabrera; tierra que iluminó los pinceles de Mohedano y los de Cristóbal Toral; campos de Antequera que inspiraran la riquísima prosa y los versos de José Antonio Muñoz Rojas; ciudad blasonada con la jarra de azucenas por su mucha devoción a la Santísima Virgen María.

Una dama de la infanta Isabel Clara Eugenia trajo desde Flandes hasta Antequera la imagen de Nuestra Señora de Monteagudo que en 1608 fue colocada en la capilla mayor del convento de las agustinas de la Madre de Dios y para la ocasión escribiría Pedro de Espinosa cuatro sonetos y un "Romancillo al vulgo de Antequera explicándoles la presencia de Nuestra Señora de Monteagudo". Del mismo autor es este delicioso poema:

"En turquesadas nubes y celajes
están en los alcázares empíreos,
con blancas hachas y con blancos cirios
del sacro Dios los soberanos pajes;

humean de mil suertes y linajes
entre amaranto y plateados lirios,

inciensos indios y pebetes sirios,
sobre alfombras de lazos y follajes.

Por manto el sol, la luna por chapines,
llegó la Virgen a la empírea sala,
visita que esperaba el cielo tanto.
Echáronse a sus pies los serafines,
cantáronle los ángeles la gala
y sentóla a su lado el Verbo Santo.

Y vengamos ya a imaginar Antequera trocada en una segunda Jerusalén para revivir la pasión, la muerte y el triunfo sobre la misma, de Nuestro Señor Jesucristo. Días ya largos de la primavera, palpitación de los brotes tiernos, de las hojas nuevas; gloriosa luz tibia que circundó la silueta varonil de Jesús sobre una humilde borriquilla entre las aclamaciones de la gente de corazón limpio, trágicas noches equinocciales que recuerdan la misma geometría de los astros que en la hora de su prendimiento; madrugadas semejantes a esotras que fueron dosel de su escarnio por ignorantes sayones cuando no de la negación de su discípulo mayor, aquel que había de pilotar -Tíffis santo- en el futuro su magnífica nave por las procelas de aquel siglo turbio; amaneceres dolorosos como aquellos en que el Hijo de Dios fue llevado de palacio en palacio para que constancia quedase de la cobardía de los grandes de este mundo; mediodías como aquel terrible por la angosta calle de la Amargura hacia la cumbre del monte de las calaveras; instantes tales el de oscuror en que sobre una Cruz comenzó el misterio de nuestra redención; titubeante expirar de los crepúsculos como el que entoldó la desolación de su descendimiento... Luz purísima, perfecta, como la que aureoló su figura santa recién nacida de nuevo del profundo mar de las sombras... Y todo aquí, en Antequera.

No está aquí, entre vosotros, el templo de Salomón ni la fortaleza Antonia ni el palacio donde se hospedaba el tetrarca cuando iba a la ciudad por las festividades notorias ni, en las afueras, el venerado Huerto de los Olivos, no; pero, ¿acaso faltan olivos a los campos que os rodean? ¿Acaso no tenéis aquí el palacio de Nájera, el de los marqueses de la Peña, el de los marqueses de Escalona, el palacio Municipal, el de Villadarias, la casa de los Pardo, la de los Pinofiel, la de los Colarte o la de los barones de Sabasona? ¿Acaso no tenéis una de las fortalezas más antiguas e impresionantes de Andalucía? ¿Acaso no podéis presumir de la maravilla de vuestros templos: ora sean la iglesia de San Sebastián, la de los Remedios, la de Santa María, la del Carmen, la de San Juan, la de San Pedro..., ora los conventos de las Descalzas, de Santa Catalina, Santa Eufemia o el Real Monasterio de San Zoilo, el primero que se fundó en la ciudad, y que acogió largo tiempo a los franciscanos observantes? ¿Acaso falta fervor en vuestros corazones?

Jerusalén segunda, pues, Antequera hoy que todo lo dispone para su Semana Santa. Y este pregonero siente ya la emoción anticipada de esos días, como cuando, niño aún, veía en las calles de la ciudad que le vio nacer cómo ensayaban los costaleros, cómo las modistas preparaban los hábitos y capirotos; tal cuando, niño aún, en la escuela, le recitaba un maestro aquel poema de Gabriel y Galán que se titulaba "La Pedrada":

"Cuando pasa el Nazareno

de la túnica morada,
con la frente ensangrentada,
la mirada de Dios bueno
y la soga al cuello echada,

el pecado me tortura,
las entrañas se me anegan
en torrentes de amargura,
y las lágrimas me ciegan
y me hiere la ternura...

...Y aquel sayón inhumano
que al dulce Jesús seguía
con el látigo en la mano,
¡qué feroz cara tenía,
qué corazón tan villano!

¡La escena a un tigre ablandara!
Iba a caer el cordero,
y aquel monstruo fiero
iba a cruzarle la cara
con el látigo de acero...

Mas un travieso aldeano,
una precoz criatura
de corazón noble y sano
y alma tan noble y tan pura
como el cielo castellano,

rapazuelo generoso
que al mirarla, silencioso,
sintió la trágica escena,
que le dejó el alma llena
de hondo rencor doloroso,

se sublimó de repente,
se separó de la gente,
cogió un guijarro redondo,
mirole al sayón de frente
con ojos de odio muy hondo,

parose ante la escultura,
apretó la dentadura,
asegurose en los pies,
midió con tino la altura,
tendió el brazo de través,

zumbó el proyectil terrible,
sonó un golpe indefinible,
y del infame sayón

cayó botando la horrible
cabezota de cartón.

Los fieles alborotados
por el terrible suceso,
cercaron al niño, airados,
preguntándole admirados:
-¿Por qué, por qué has hecho eso?...
Y él contestaba, agresivo,
con voz de aquellas que llegan
de un alma justa a lo vivo:
-¡Porque sí, porque le pegan
sin hacer ningún motivo!

. . .

Hoy, que con los hombre voy,
viendo a Jesús padecer,
interrogándome estoy:
¿Somos los hombres de hoy
aquellos niños de ayer?"

Lunes Santo en Antequera. San Zoilo, hoy San Francisco, abre sus puertas. En las airoas espadañas hacen alto un sinfín de golondrinas cansadas de tejer sobre la tarde azul cien redes invisibles. En la gótica portada crece el tumulto y la impaciencia. Sobre la cal impoluta de la fachada destacan el negror de las túnicas, el verde relámpago de los fajines, el vuelo crema de las capas. Ya suenan los tambores y se prestan las trompetas, ya se muestra la imagen doliente de Jesús Nazareno de la Sangre. Mirad la belleza noble de su rostro con tanta dignidad a pesar del sufrimiento. Fijaos en los pliegues y dorados de esos paños y en ese pie que asoma, tan real que ante él quisiéramos caer de hinojos. Y ya emprende la procesión su marcha hacia la plaza de San Sebastián. La tarde andaluza se ha aromado de azahar e incienso. Los niños hacen bolas y figuras con la primera cera que cae como estalactitas por las velas de los penitentes. Las mozas tratan de adivinar el rostro de su novio bajo el capuz. Los mayores recuerdan otras semanas santas donde acaso el fervor era más hondo. Los balcones, pletóricos de macetas con geranios, miramelindos y aspidistras, se pueblan de gentes atentas a la emoción de los pasos. Y, de repente, quiebra el aire sutil como un cristal veneciano una voz desgarrada y anónima, una saeta:

"Ya no sabían qué hacerle.
Le escupen y abofetean
y lo coronan de espinas
y la sangre la chorrea
por su carita divina".

Pero regresemos a la plaza de Abastos. Un estremecimiento de dolor y de piedad

conmueve ahora al gentío. ¿Qué ocurre? Sobre la cordillera de cabezas férvidas avanza ya -pasmosa lección de anatomía- el Santo Cristo Verde. ¿Cómo desgarrar el corazón al contemplar su rostro vencido y maculado de sangre, sus manos convulsas en la agonía y en el trance supremo, su cuerpo menudo y delgado! ¿La talla es gótica aún o renaciente ya? ¿Qué importa? Sabemos que salió de las manos de Jerónimo Quijano tal vez de las de Jacobo Florentino, el escultor del prodigioso retablo de San Jerónimo, en Granada, ese retablo donde aprendieron sublimidades todas las generaciones de imagineros granadinos. Pero, lo más importante es que sabemos no por la erudición, sino por el espíritu, que hay tanta verdad en esta prodigiosa talla que con sólo posar nuestros ojos sobre ella, se nos presenta de nuevo con toda claridad aquellos momentos finales de Jesús en el Calvario. Oigamos los versos estremecedores de otro ingenio antequerano antologado en las "Flores de poetas ilustres", Luis Martín de la Plaza:

"¿Es éste ¡ay dulce esposo! el regalado
lecho que ya después de tantas penas
tiene este pueblo a su Señor guardado?
Divinas carnes de tormentos llenas,
¿es el blanco algodón en telas finas
la cruz adonde rasgan vuestras venas?
¿Y es la blanca almohada en que reclinas
la cansada cabeza ¡oh dulce Dueño!
la corona tejida con espinas?
El pájaro y la fiera al dulce sueño
entregan la cabeza en cueva, en nido...
¡y la de Cristo apenas halla un leño!
En sus cansados miembros el herido
cuerpo sin sangre y sin vigor sustenta.
¡Ay triste! ¿Quién dolor como éste vido?
Y por manifestar mejor su afrenta
y el hebreo furor, al frío hielo
está desnudo y el rigor se aumenta.
¡Desnudo el Rey de Reyes, el que al cielo
con rico manto cubre y el que tiende
capas de flores por el ancho suelo!
La riqueza del cielo, que desciende
a enriquecer al mundo, hoy es tan pobre,
que la pobreza con rigor le ofende.
¡Ay! ¡Qué amargo potaje y qué salobre
le dan que guste a su sangrienta boca
porque dulce bebida el alma cobre!
¿Es ésta que le dais ¡oh gente loca!
la que Él en el desierto os dio comida?
¡Ay, que la invidia, infames, os provoca!
¿Y ésta que le ordenáis es la bebida
sabrosa que Él os dio con mano larga?
A quien la vida os da, ¿quitáis la vida?..."

Casi de puntillas, la noche llega constelada como el manto de una Dolorosa. Como mariposas de oro tiemblan las pequeñas llamas de los cirios y la comitiva avanza como una luenga hebra de luciérnagas despertando sombras fantásticas si no fantasmales en las solemnes fachadas de los palacios barrocos. Fulge la plata de los bien labrados cetros y turíbulos con esplendor de tímidos relámpagos.

Antequera, a pesar del bullicio, se hace tímida y huele a inminencia de primavera. La calle Calzada, la plaza de San Sebastián, la calle del Infante Don Fernando, la plaza de San Luis, la calle de Ramón y Cajal y la calle Diego Ponce han visto poco a poco cerrar sus comercios, las tiendas de tejidos y las de ultramarinos, las de muebles y las de objetos de decoración. Van y vienen gentes llegadas de los pueblos vecinos con sus mejores ropas. A un niño se le ha escapado un globo rojo que sube y sube lentamente por el espacio nítido y los ángeles están esperándolo arriba para jugar con él. Entonces alguien exclama:

- ¡Ya está aquí la Virgen, Nuestra Señora de la Vera Cruz!

Es una imagen del antequerano Juan Bautista del Castillo tallada a principios del siglo XVII. La sutilidad de sus rasgos, la riqueza de su tocado, la ternura de su expresión, la verdad de su angustia, provocan el silencio y el asombro en quienes la contemplan. Y me pregunto yo: ¿qué adolescente antequerana sirvió de modelo, en aquellos años en que entregaban su alma a Dios Cervantes y Shakespeare, para esta imagen de tan fina hermosura? Si la emperatriz Santa Elena, la madre del famoso Constantino el Grande, a su vuelta de Jerusalén, tras descubrir la Vera Cruz, logró calmar una tempestad marina arrojando a las encrespadas aguas uno de los clavos que habían atravesado las manos purísimas de Nuestro Señor, ¿no os aquieta el corazón y sus procelas ahora el paso de la Reina de los Cielos? ¿No os infunde veneración su serena majestad? ¿No estremece los hilos de vuestros penetrales su sobrehumana belleza?

La noche ha crecido y la procesión vuelve a su templo. Las horas dubias de la madrugada ponen una escarcha de constelaciones sobre la plaza de San Francisco y los tronos, como extraños galeones, regresan a su amable puerto. Cofrades, hermanos, penitentes, hermanacos y músicos se despiden. Todos ellos y las gentes que asistieron al paso de los pasos regresan a la quietud de sus hogares más niños, más sabios y más humanos.

He dicho.

Muchas gracias.